

cha avenida el nombre de Avenida Bolívar". La demora que hubo en hacer efectivo el acuerdo de junio de 1911 —fundado en la iniciativa del Ateneo Dominicano— que entonces pareció excesiva, esplicase por la situación política, anómala, que imperó en el país en ese tiempo. Pero esa demora fué favorable y beneficiosa. Ella permitió escoger una avenida en formación —no una calle antigua— la cual ha llegado a ser muy importante, como gran vía central, entre los más bellos y aristocráticos barrios de la Ciudad del Ozama: el de Gascue, al norte, y al sur el formado por los repartos paralelos a la Avenida de la Independencia...

No ha sido ese el primero ni el único homenaje rendido a Bolívar en la República Dominicana. A fines del 1930 —hace tres años— se conmemoró en la mayoría de los países de América el centenario de su muerte; y en ese concierto de honores al héroe máximo tomó parte, siquier modesta, el pueblo dominicano. Una embajada estuvo en Caracas, complacida, y no fue la última en las ofrendas al Libertador por antonomasia y por excelencia. En dos ciudades importantes —Santo Domingo y Puerto Plata— hubo sendos actos en honor de Bolívar. El uno se le debió a la fervorosa sociedad **Renovación**; el otro fue celebrado por la entusiasta **Asociación de Estudiantes Universitarios**.

Ambos fueren un homenaje digno del héroe perillustre.

Pero hay que retroceder media centuria para evocar el valioso concurso, americanista, que dió el pueblo dominicano a la cele-

bración del centenario del natalicio de Bolívar. Las ofrendas espirituales fueron de varia índole. Dos de ellas merecen mención honorífica. Son éstas que se enuncian enseguida:

El Gobierno confió a una comisión integrada por cinco distinguidos ciudadanos —Mariano A. Cestero, José Gabriel García, Emiliano Tejera, Segundo Imbert y Fed. Henríquez y Carvajal— la formación de sendas colecciones de obras dominicanas, como un aporte y un obsequio, respectivamente, a la Biblioteca Nacional de Caracas, en Venezuela, y a la Biblioteca Bolívar fundada entonces, en París, por un selecto grupo de bolivarianos.

Era el 24 de Julio de 1883. En la noche hubo un acto solemne, elocuentísimo, en el Teatro la Republicana. La concurrencia fue selecta y numerosa. Presidialo Fco. Gregorio Billini —luego Presidente de la República— y artistas, oradores y poetas tuvieron a su cargo los números del programa. León Lameda fue uno de los oradores y José Joaquín Pérez fue uno de los poetas. Tocole al actual Director de la Academia Dominicana de la Historia el último número del programa; e hizo la lectura, comentando sus mejores cláusulas, de una página selecta de la literatura venezolana: **Bolívar en Casacoima**, por Juan Vicente González, el gran escritor y estilista. Esa disertación se cerró con un apóstrofe que contenía este poema o monóstrofe:

"América, de pié! Absorta, muda,
está por él la musa de la historia...
Con Pardo y con Olmedo lo saluda...
¡Bolívar y su siglo son tu gloria!"—

MONTORO

— PAGINA-OFRENDA DEL MAESTRO —

Mientras culminaba la crisis revolucionaria —a mediados del mes de agosto— moría en la Habana un prócer de la elocuencia en el Parlamento español i en la Tribuna cubana.

Era don RAFAEL MONTORO una noble figura de alto relieve. Eralo con ambas características: la ética i la estética. Conocilo en 1913, en una recepción palatina, i túvele desde entonces por un modelo del aforismo latino: "mens sana in corpore sano".

Fuera de la tribuna, en el diálogo social o amistoso, la flor de la cordialidad se abría en sus labios sonreidos; en ellos se deshojaba la flor del pensamiento cuando, como una estatua viva, ocupaba la tribuna. Su verbo aquilino plegaba las alas fuera de la tribuna i de la prensa.

En las Cortes españolas fueron sus pares Castelar, Salmerón, Moret, Martos i otros oradores parla-

mentarios. Era castizo como don Cristino Martos: hablaba como escribía i escribía como hablaba.

Fue, en Cuba, del selecto grupo autonomista; i el fracaso de la autonomía lo llevó al campo revolucionario con su adhesión por amor a la Patria.

Ha bajado a la tumba en avanzada edad octogenaria, como un prócer de la elocuencia i un patriarca del civismo, luego de haber servido en el Consejo del Ejecutivo. Era miembro de número de la Academia de la Lengua, de la Academia de Artes i Letras i de la Academia de la Historia establecidas en la Habana.

En el Agora de la Elocuencia i de la Historia entra Montoro de pleno derecho i los tres máximos oradores griegos le dan la bienvenida.

